

CAPÍTULO X.

Las ciencias no entran en la memoria por ministerio de los sentidos; sino que salen de otro seno mas profundo de ella.

17. Cuando oigo decir á alguno, que acerca de cualquiera cosa se pueden hacer tres distintas cuestiones, á saber: *Si ella es, qué ser tiene, y qué tal es*: es cierto que conservo en mi memoria las imágenes de los sonidos con que se formaron y pronunciaron estas palabras; tambien sé que los tales sonidos pasando por los aires, se disiparon y desvanecieron enteramente, de modo que ya no existen; pero las cosas significadas por aquellas voces, no pude tocarlas ni percibir las por alguno de mis sentidos corporales, ni tampoco las ví en parte alguna sino en mi alma: yo guardé en mi memoria, no las imágenes de aquellas cosas, sino á ellas mismas; mas por donde entraron en mi alma, ellas solamente lo han de decir, si pueden.

Por mas que recorra y examine bien todas las puertas de mis sentidos, no encuentro por

cuál de ellas puedan haber entrado; porque los ojos dicen: Si tienen algun color, nosotros fuimos los que dimos noticia de ellas; los oídos dicen: Si hicieron algun sonido, nosotros te las mostramos; el olfato dice: Si fueron olorosas, por aquí solamente habrán pasado. Tambien el sentido del gusto dice: Si no tienen algun sabor, no hay que preguntarme á mí; el tacto dice: Si no es alguna cosa corpulenta, yo no he podido tocarla; si no la he tocado, tampoco puedo dar noticia de ella.

¿De dónde, pues, han venido estas ciencias, y por dónde han entrado en mi memoria? Lo ignoro, porque cuando las aprendí, no fue dando crédito á lo que otros me dijeron, sino que yo mismo las descubri en mi alma desde luego, y habiéndolas aprobado como verdaderas, las encomendé á la memoria, como depositándolas allí para volverlas á sacar cuando quisiese. Luego estaban dentro de mi alma, aun antes de que yo las aprendiese; pero todavía no estaban en mi memoria. Pues ¿dónde estaban? Y sino, ¿por qué las reconocí luego que me hablaron de ellas, y por qué dije: *Esto es así, esto es ver-*

dad; sino porque ya estaban en mi memoria, aunque tan escondidas y encerradas en sus senos profundísimos y ocultísimos, que si alguno no las excitara ni me hubiera hablado de ellas, puede ser que jamás se me hubieran ofrecido al pensamiento?

CAPÍTULO XI.

Qué cosa sea aprender, hablando de las verdades que hallamos en nosotros mismos.

18. De lo dicho resulta, que aprender estas cosas, cuyas imágenes no hemos recibido por los sentidos, sino que son imágenes é inmediatamente ¹ como ellas son en sí las vemos dentro de nosotros mismos, no es otra cosa que recoger y juntar con el pensamiento aquellas especies que estaban como dispersas y sin orden en nuestra memoria: y además de eso procurar con reflexion y advertencia, que esas mismas verdades que antes estaban allí dispersas, arrinconadas y escondidas, de allí en adelante estén como puestas á mano en la misma memoria, y se presenten fácil y prontamente, luego que quisiéremos valernos de ellas.

¿Cuán grande multitud de especies de esta clase tiene mi memoria, que al presente están juntas y ordenadas, y que, como tengo dicho, las tengo en la mano para poder usarlas; y comunmente se dice, que las hemos estudiado, sabido y aprendido? Pues estas mismas cosas, si de cuando en cuando no se vuelven á repetir y repasar, de tal manera se hundén otra vez, y se van como resbalando hasta los senos mas profundos y escondidos; que es menester nuevamente ir las buscando y sacando de allí mismo (porque ellas no tienen otro lugar donde irse), como si fueran nuevas y nunca sabidas, y recogerlas y ponerlas juntas otra vez, para que puedan saberse. Esto mismo dá á entender la palabra latina *cogitare*, que significa *pensar*; pero en su raíz (que es *cogo* ², de donde sale el frecuentativo *cogito*) significa *recoger y juntar*: y así *pensar* es lo mismo que juntar y unir las especies que estaban en la memoria dispersas. Este verbo ya no se usa propiamente en la significacion de juntar cualesquiera cosas que están dispersas en otra parte; sino solamente para significar las que se recogen y juntan en el alma, que propiamente

te en latin se dice *cogitare*, y en castellano *pensar*.

NOTAS.

¹ Es sentencia del santo Doctor, que las cosas inmatrimales las conocemos por sí mismas con conocimiento propio é intuitivo, no menos que las cosas sensibles. Por esto dice (lib. 9 de Trinit. cap. 3): *Asi como nuestra alma recibe por los sentidos del cuerpo las noticias de las cosas corporales; inmediatamente y por sí misma tiene las que pertenecen á las cosas incorpóreas.*

² Esta es una hermosa y elegante etimología del verbo *cogitare*, y ciertamente es la propia; porque el *pensar* consiste en *juntar y combinar muchos conceptos*, para que así podamos formar nuestros juicios y discursos. Por lo que á la primera operacion del entendimiento, que llamamos *simple aprehension* ó *concepto*, no le conviene con toda propiedad el nombre de cogitacion ó pensamiento; porque no es coleccion de varios conceptos, sino uno único y solo.

CAPÍTULO XII.

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias matemáticas.

19. Contiene tambien la memoria, además de lo referido, innumerables reglas, razones y leyes acerca de los números y dimensiones de la cantidad, que no las ha recibido ni adquirido por ninguno de los sentidos del cuerpo; por cuanto no son ellas de color alguno, ni suenan, ni huelen, ni se gustan, ni se palpan. Es verdad que cuando se habla ó se disputa de ellas, oigo los sonidos de las voces ó palabras con que estas mismas ciencias y sus leyes y reglas se significan; pero aquellos sonidos son una cosa, y estas cosa muy distinta. Porque aquellas suenan de un modo en latin, y de otro en griego; pero dichas ciencias ni son griegas ni latinas, ni de otro algun determinado idioma.

Tambien es cierto que he visto por mis ojos aquellas líneas con que trazan los arquitectos sus obras, no obstante ser tan delicadas y sutiles como el hilo de la araña; pero

aquellas que yo tengo en mi interior son muy diferentes de estas, pues no son imágenes de las líneas que me mostraron mis ojos: solo conoce bien qué líneas son aquellas, el que cuando las contempla y examina prescinde de todo lo que es cuerpo.

Es no menos cierto, que por medio de los sentidos de mi cuerpo han entrado en mi interior las imágenes de los números que exteriormente contamos; pero aquellos con que contamos á esotros, son muy distintos de estos, y tampoco son imágenes de estos números, y por tanto su ser es mas constante y mas cierto.

CAPÍTULO XIII.

Como la memoria es tan reflexiva, que con ella nos acordamos de habernos acordado.

20. Conservo todas estas cosas en mi memoria, como tambien los diferentes medios y modos con que las aprendí, lo propio que muchas objeciones y argumentos falsos que he visto proponer en las disputas contra estas verdades; y aunque las dichas objeciones

son falsas, no lo es que me acuerdo de ellas, ni que hice discernimiento entre la verdad de aquellas téses y la falsedad de estas objeciones; lo que tengo muy presente. Además de esto, veo en mi memoria, que el discernimiento y juicio que ahora formo de estas cosas, es diferente del que me acuerdo haber hecho antes muchas veces que he pensado en ellas: tambien me acuerdo de que he entendido estas cosas diferentes veces, y de que ahora las percibo y entiendo, lo guardo en mi memoria, para acordarme despues de que las entiendo ahora. Con qué tambien recuerdo de que me he acordado; y si despues me acuerdo de que ahora he podido acordarme de estas cosas, sin duda que será un acto reflejo de la virtud ó facultad de la memoria.

CAPÍTULO XIV.

Como tambien están en la memoria las afecciones ó pasiones del ánimo.

21. Tambien las afecciones ó pasiones del alma tienen su lugar en mi memoria; pero no están en ella de aquel modo como en el

alma cuando las padece, sino de otro muy diverso, y segun corresponde al oficio y facultad de la memoria. Porque sin sentir en mí alegría, me acuerdo de haber estado alegre, y sin estar triste, me acuerdo de mi tristeza pasada: tambien sin sentir temor, me acuerdo de haber temido alguna vez; y sin desear ni apetecer, me acuerdo de que antes he apetecido y deseado: algunas veces me acuerdo de lo que positivamente es contrario al afecto que entonces experimento; pues estando con alegría, me acuerdo de mi tristeza pasada; y estando con tristeza, suelo acordarme de mi pasada alegría.

No fuera esto tan digno de admirarse, hablando de las pasiones del cuerpo; porque el alma, que es la que se acuerda, es muy distinta del cuerpo que las padecía. Y así no merece tanta admiracion, que estando yo actualmente gozoso, me acuerde de algun dolor pasado de mi cuerpo. Pero aquí es cosa que admira, porque tambien es alma la memoria: pues cuando encargamos á alguno que no olvide una cosa, solemos decirle: *Mira que esto lo tengas en el alma*; y cuando sucede olvidarnos de algo, decimos: *No estuvo*

en mi alma tal cosa, ó se me escapó del alma: llamando alma á la memoria.

Pues, siendo esto así, ¿en qué consiste que, aun cuando actualmente esté alegre, si me acuerdo de mi tristeza pasada, mi alma tenga alegría, y mi memoria tristeza; pero de tal modo, que la alma real y verdaderamente está alegre, porque tiene en sí la alegría, y la memoria no está triste, aunque tiene en sí la tristeza? ¿acaso puede decirse que la memoria no es parte del alma? ¿Quién puede decir tal cosa? De todo lo cual podemos inferir, que la memoria, respecto del alma, es como el estómago respecto del cuerpo; y que la alegría y la tristeza son dos manjares, uno dulce y otro amargo: y así cuando aquellas se encomiendan á la memoria, es como cuando los manjares pasan al estómago, que allí se pueden guardar, pero no comunicar su sabor. Seria un pensamiento ridiculo juzgar que en todo eran semejantes estas dos cosas; bien que tienen las dos alguna semejanza.

22. Tambien es muy cierto, que cuando digo que son cuatro las pasiones del alma, deseo, alegría, miedo y tristeza; todo lo que

de ellas pueda discurrir y disputar, ya dividiendo cada uno de sus géneros en sus respectivas especies, ya dando á cada una sus propias definiciones, lo saco de mi memoria; pues allí encuentro lo que he de decir, y de allí efectivamente saco todo lo que digo; pero no me siento movido de ninguna de estas pasiones cuando las recuerdo, las nombro y trato de ellas; siendo así que estaban en mi memoria aun antes que tratase ó me acordase de ellas: porque estaban allí, pude sacarlas á luz y recordarlas.

Tal vez podrá decirse, que así como en los animales el manjar sale del estómago á la boca rumiándole, así estas cosas salen de nuestra memoria acordándonos de ellas. ¿Cómo, pues, en el pensamiento, que es la boca del alma, no se siente lo dulce de la alegría ni lo amargo de la tristeza, cuando se trata ó se disputa de ellas, extrayéndolas así de la memoria? ¿acaso es esto en lo que no tienen semejanza, pues ya hemos dicho que no la tienen en todo? Á no haber esta distincion, ¿quién habria que voluntariamente nombrase tristeza ó miedo, si todas las veces que se hubiesen de nombrar, estuviésemos precisa-

dos á tener y sentir miedo ó tristeza? Es cierto que no hablaríamos de ellas, ni podríamos nombrarlas, si no halláramos en nuestra memoria, no solamente las voces significativas de tales pasiones (las cuales se representan en las imágenes impresas en la memoria por los sentidos del cuerpo), sino tambien las nociones ó ideas de las mismas cosas; las cuales por ninguna de las puertas del cuerpo entraron en la memoria, sino que sintiendo el alma y experimentando en sí misma sus pasiones, encomendó á la memoria sus ideas; ó bien ella por sí misma, sin que se las entregasen, las tenia recogidas para sí.

NOTA.

Platon llamó tambien á la memoria *estómago* del alma; pero aunque sirve mucho este ejemplo para explicar el asunto de que trata aquí san Agustín; el mismo Santo dice, que no convienen en todo estómago y memoria, sino que en parte se parecen y en parte se distinguen.

CAPÍTULO XV.

Como tambien nos acordamos de las cosas que están ausentes.

23. Pero ¿quién podrá fácilmente establecer, si todo esto se hace por imágenes ó no? Porque, si yo nombro á la *pedra*, ó nombro al *sol*, cuando estas dos cosas no están presentes á mis sentidos, inmediatamente se presentan sus imágenes en mi memoria. Nombro algun dolor corporal, no estando presente el dolor, y nada me duele; y si su imagen no estuviera presente en mi memoria, no supiera lo que nombraba ó decia, ni pudiera distinguir entre el dolor y el deleite. Nombro la salud del cuerpo hallándome bueno y sano: entonces es verdad que está presente la misma cosa nombrada; pero, si su imagen no estuviera tambien en mi memoria, de ningun modo podria acordarme de lo que significa el sonido de esta palabra *salud*. Ni los enfermos, cuando se nombra la salud delante de ellos, entenderian lo que se habia dicho, si aquella misma imagen no se conservara en

su memoria, aunque la cosa misma faltase de su cuerpo.

Nombro los números con que contamos: y hallo que están en mi memoria, no las imágenes de los números, sino los números mismos. Nombro la imagen del sol, la cual está presente en mi memoria: entonces ella misma es la que se me presenta, cuando me acuerdo de ella nombrándola; porque no recuerdo ni nombro la imagen de esta imagen, sino ella misma. Finalmente, nombro á la memoria, y conozco lo que nombro: y ¿dónde lo conozco sino en la misma memoria? ¿Acaso ella puede estar de algun modo mas presente á sí misma por medio de su imagen, que inmediatamente por sí misma?

CAPÍTULO XVI.

Como tambien la memoria se acuerda del olvido.

24. Pero ¿qué dirémos que sucede cuando nombro el *olvido*, con conocimiento de lo que nombro? porque no pudiera conocer bien el olvido, sino acordándome de él. No hablo

del sonido de esta palabra *olvido*; sino de la cosa significada, la cual si yo la hubiera olvidado, es cierto que no pudiera saber lo que vale ó significa aquella voz. Resulta, pues, que cuando hago mención de la memoria, la misma memoria inmediatamente por sí misma se ofrece y se presenta á sí misma; pero cuando menciono al *olvido*, se hacen presentes y se ofrecen luego la memoria y el olvido: la memoria, con la cual me acuerdo y menciono al olvido; y el olvido, que es la cosa de que me acuerdo y que menciono.

Pero ¿qué es el olvido sino una falta ó privación de la memoria? Y ¿cómo esa privación de memoria está presente para que me acuerde de ella, si no es posible que me acuerde mientras subsista esa privación ó falta de memoria? Siendo, pues, cierto que aquello de que nos acordamos lo tenemos en la memoria, y que si no nos acordásemos del olvido, no sería posible que entendiésemos lo que se significa con esta palabra *olvido*, cuando la oímos pronunciar, se infiere necesariamente, que tenemos al olvido en la memoria.

No se pudiera inferir de aquí, que cuando nos acordamos del olvido, no está él por sí

mismo en nuestra memoria, sino mediante su imágen que le representa; porque si fuera el mismo olvido el que allí se representa en su ser propio, no haría que nos acordásemos, sino todo lo contrario. ¿Y quién alcanzará perfectamente ni podrá comprender cómo esto sea?

25. Yo confieso, Señor, que hallo aquí bastante dificultad, y la experimento en mí mismo, pues me cuesta mucho trabajo el entenderme á mí mismo. No intento ahora averiguar las regiones en que se divide el cielo, ni medir lo que distan entre sí los astros, ni entender el equilibrio de la tierra, sino saber lo que soy yo mismo; pues yo, segun que soy alma, soy el que me acuerdo y tengo memoria. No es de admirar que no alcance ni llegue á entender todo aquello que se distingue de mí. Pero ¿qué cosa puede haber mas cerca de mí, que yo? Con todo eso no puedo acabar de entender lo que pasa en mi memoria, que es parte de mi ser, y sin ella no fuera todo lo que soy.

Pues ¿qué es lo que tengo de decir, cuando me consta con certeza, que yo mismo me acuerdo de mi olvido? ¿Por ventura he de

decir que no está en mi memoria aquello de que me acuerdo? ó bien, ¿que para no olvidarme, está el olvido en mi memoria? Lo uno y lo otro es un absurdo muy grande. Veamos, pues, lo tercero que antes insinué. ¿Cómo he de decir y asegurar por cierto, que cuando hago memoria del olvido, no es el olvido mismo, sino una imagen suya la que está y se presenta en mi memoria? ¿Cómo, pues, tengo de decir esto, cuando por otra parte sabemos, que para imprimirse en la memoria la imagen de cualquier cosa, es necesario que antes esté presente aquella cosa misma, de la cual pueda quedar la imagen impresa en la memoria? Porque así sucede para acordarme de la ciudad de Cartago, así me acuerdo de los lugares en que he estado, así de los rostros humanos que he visto, y de las cosas que se dan á conocer por los demás sentidos, y así finalmente es como me acuerdo de la salud ó del dolor de mi mismo cuerpo.

Quando estas cosas estuvieron presentes, cogió de ellas la memoria unas imágenes, que pudiese yo despues mirar y tener presentes, y usar de ellas en lo interior de mi alma, cuando tuviese de acordarme de aquellas cosas,

aunque ausentes. Luego si el olvido, no por sí mismo, sino por medio de una imagen suya, se tiene en la memoria, es necesario que antes estuviese el mismo olvido presente, para que se quedase en la memoria su imagen. Cuando estaba presente el mismo olvido, ¿cómo podia delinear en mi memoria su imagen, cuando aun aquello que encuentra ya delineado, lo borra con su presencia el olvido? No obstante, de cualquier modo que esto suceda, y aunque este modo con que el olvido está presente á la memoria, no pueda comprenderse ni explicarse; estoy muy cierto de que me acuerdo aun del mismo olvido, aunque él es el que quita de nuestra memoria las especies ó imágenes que para acordarnos teníamos en ella.

CAPÍTULO XVII.

Que no obstante ser tan grande la capacidad y virtud de la memoria, es necesario para hallar á Dios subir mas arriba de esta potencia.

26. Grande y excelente potencia es la memoria. Su multiplicidad, Dios mio, tan profunda como inmensa, tiene un no sé qué que espanta: todo esto que es mi memoria, lo es mi alma y lo soy tambien yo mismo. Y ¿qué soy yo, Dios mio? ¿qué ser y naturaleza es la que tengo? Una naturaleza que se compone de varias, y que vive con varios modos de vida, y que de varios modos es inmensa: como se ve en los espaciosos campos de mi memoria, en las innumerables y profundas cuevas y senos ocultísimos de que consta, que de innumerables modos están todos llenos de innumerables géneros de cosas; ya estén allí por medio de sus imágenes, como las cosas corpóreas; ya estén por sí mismas, como las artes y ciencias; ya por medio de no sé qué nociones y señales, como las afecciones ó pa-

siones del alma que las tiene la memoria, aun cuando ya no las padece el alma; no obstante que todo cuanto está en la memoria, está en el alma. Por todos estos campos, cavernas y senos de mi memoria corro y vuelo de una parte á otra, me insinúo y profundizo cuanto puedo; pero en parte alguna hallo el fin. Tan inmensa como esto es la fuerza y virtud de la memoria; y tan grande y suma es la vivacidad humana, no obstante de ser la vida del hombre mortal y perecedera.

Pues ¿qué me resta que hacer? Decídmelo Vos, Dios mio, que sois mi vida constante y verdadera. Subiré mas arriba de esta potencia de mi alma, que llamamos memoria: pasaré por ella subiendo mas arriba para llegar á Vos, deliciosa luz de mi alma. ¿Qué me decís Vos, Señor? Ya veis que por los grados de mi alma voy subiendo hácia Vos, que sois superior á mí. Subiré, pues, mas arriba de esta potencia que llamamos memoria, deseando tocar con mi conocimiento vuestro ser, por donde pueda tocarse, y unirme á Vos, por donde y como esta union pueda conseguirse. Tambien las bestias y las aves tienen su memoria, sin la cual no sabrian vol-

verse á sus guaridas y nidos, ni hacer y repetir otras muchas acciones á que están acostumbradas; porque ni aun pudieran acostumbrarse á cosa alguna, si no tuvieran memoria.

Pasaré, pues, mas arriba de mi memoria, para llegar á aquel Ser soberano que me hizo diferente de los brutos, y me hizo mas sábio que las aves del cielo. Mas arriba de mi memoria he de subir; pero ¿dónde os hallaré, dulzura soberana, segura y verdadera? ¿en dónde os hallaré? Porque si os he de hallar mas allá de mi memoria y fuera de ella, no me acordaré de Vos. Y si no me acuerdo de Vos, ¿cómo os he de hallar?

CAPÍTULO XVIII.

Como no pudiera hallarse una cosa perdida, si no se conservara en la memoria.

27. Aquella mujer del Evangelio que perdió la dracma y la buscó con una antorcha encendida, no hubiera podido hallarla, si no la conservara en su memoria; porque después que la hubiese hallado, ¿cómo había

de conocer si era aquella la que buscaba, si no se acordara de ella? Recuerdo haber buscado y hallado muchas cosas que habia perdido; y sé que las hallé, porque si cuando buscaba alguna de ellas, me decia alguno: *¿Es por ventura esto lo que buscas, ó es acaso aquello?* yo siempre respondia: *No es eso;* hasta que se me presentase aquella misma cosa que buscaba. Si, pues, no me hubiese acordado de ella, ni tuviera en la memoria lo que era y cómo era aquella cosa; aunque la tuviera á la vista no la hallara, porque no la conociera. Esto mismo sucede siempre que buscamos y hallamos lo que antes hemos perdido.

Pero si alguna cosa se pierde respecto de nuestra vista, no respecto de nuestra memoria, como por ejemplo, cualquier cuerpo visible, entonces la imagen de aquella cosa se conserva interiormente, y por ella se busca hasta que vuelve á presentarse á nuestra vista: cuando ya se ha hallado, se reconoce si es ó no aquella misma cosa que se buscaba, confrontándola con su imagen que estaba en la memoria. Por lo cual, ni decimos que hemos hallado lo perdido, si no lo conocemos;

ni podemos conocerlo, si no nos acordamos de ello. Es verdad que esto solamente se habia perdido respecto de nuestra vista, pero se conservaba en nuestra memoria.

CAPÍTULO XIX.

Como vuelve á acordarse la memoria de lo que habia perdido ella misma.

28. Pero ¿qué dirémos, cuando es la misma memoria la que ha perdido alguna cosa, como sucede cuando olvidamos algo, y lo buscamos para acordarnos de ello? Porque últimamente ¿dónde lo buscamos sino en la misma memoria? Y si buscándolo allí, se nos ofrece y presenta una cosa por otra; la desechemos hasta que se nos ocurra lo que buscamos: entonces decimos inmediatamente: *Esto es, hélo aquí*; lo que no diríamos si no la conociéramos; ni tampoco la conociéramos, si no nos acordáramos de ella. Pero es cierto que la teníamos antes olvidada, tal vez no del todo sino en parte: con la que aun estaba en la memoria, buscábamos la otra parte que faltaba; porque sintiendo en sí la memoria

que no tenia juntas y cabales todas las especies que ella acostumbraba usar y manejar á un mismo tiempo, como truncada y defectuosa en la costumbre que tenia, estaba pidiendo que se le reintegrase lo que la faltaba.

Semejante á esto es lo que sucede, cuando vemos una persona conocida, ó que sin verla se nos ofrece á la memoria, pero no nos podemos acordar de cómo se llama, y nos ponemos á pensar en su nombre: cualquier nombre distinto que se nos ofrezca, no se une bien con la idea que tenemos de aquella persona, porque no estamos acostumbrados á juntar aquella persona con aquel nombre; y por eso los desechemos todos, hasta que se nos presenta aquel que nuestro pensamiento acostumbraba juntar con aquella persona: y entonces descansa y cesa de buscarle, teniendo ya cabal y completa noticia de aquel hombre.

Peró este nombre olvidado que se nos recuerda, ¿de dónde viene ó sale sino de la misma memoria? Porque, aun cuando alguno nos lo recuerde, de nuestra memoria proviene que lo reconozcamos: no le oimos como un nombre nuevo, que entonces apren-

damos; sino que nos recordamos del que habíamos oído otras veces, aprobamos que este, que entonces se nos dice, es el nombre que aquella persona tiene; pero si enteramente se borra de la memoria, aunque otro nos lo quiera recordar, y nos sugiera aquel nombre, no nos acordamos de él absolutamente: no olvidamos enteramente lo que mediante el aviso de otro nos recuerda haberlo olvidado: es imposible que buscáramos una cosa que habíamos perdido, si enteramente la hubiéramos olvidado.

CAPÍTULO XX.

Para desear la bienaventuranza, como todos los hombres la desean, es necesario que la conozcan.

29. Supuesto lo que acabo de decir, ¿de qué medios me valgo para buscaros, Señor? Porque, buscaros, Dios mio, es buscar mi felicidad y bienaventuranza: debo buscaros para que mi alma viva, porque Vos sois la vida de mi alma¹, así como ella es la que da vida á mi cuerpo. ¿Cómo, pues, busco la

vida bienaventurada? Porque esta no la conseguiré, hasta que me halle en tal estado, que pueda y deba decir con verdad mi corazón: *Esto me basta*. Pues, ¿cómo la busco? ¿Acaso por medio de la reminiscencia, que es lo mismo que volviéndome á acordar de ella, como cosa que tenia olvidada, pero acordándome todavía que la habia olvidado? ¿ó es por medio de un deseo y apetito de saber una cosa para mí desconocida é ignorada, ya por no haberla sabido nunca, ya por haberla olvidado absolutamente? Pero, esa vida bienaventurada, ¿no es la que todos quieren, y que ninguno hay que absolutamente no la quiera? Pues, ¿dónde la han conocido para que así la quieran? ¿Dónde la han visto, pues, para amarla tanto?

Es que la tenemos dentro de nosotros mismos, aunque ignoramos cómo. También hay un cierto modo de tenerla, que hace verdaderamente bienaventurado á cualquiera que la tiene de aquel modo: otros hay que son bienaventurados por la esperanza de serlo. Es verdad que este modo de tener la bienaventuranza, es muy inferior al otro con que la poseen los que real y verdaderamente son

bienaventurados ; pero no obstante, están mejor que aquellos otros primeros, que ni en la realidad ni en la esperanza son bienaventurados, los cuales no lo son de alguno de esos modos ; de lo contrario no desearan tanto el ser bienaventurados, como es ciertísimo que lo desean.

No sé cómo han llegado á conocer la bienaventuranza, de la cual tienen no sé qué noticia, que deseo averiguar si reside en la memoria ; pues si residiese en ella, se inferiría de esto, que en algun tiempo ya habíamos sido todos bienaventurados. No trato ni examino ahora, si esto se debe entender de todos los hombres, y de cada uno en particular ; ó si la dicha bienaventuranza la tuvimos solamente en *aquel hombre que pecó el primero*, en el cual todos pecamos y morimos, y de quien todos nacimos cargados de miserias. Solamente quiero averiguar ahora, si la idea y noticia que tenemos de bienaventuranza, reside en nuestra memoria, porque no la amaríamos si no la conociéramos.

Oímos este nombre *bienaventuranza* : y todos confesamos que amamos y apetecemos lo que aquella palabra significa ; porque lo que

nos deleita y enamora, no es el material sonido de aquella palabra, pues si un griego la oye nombrar en latin, no le mueve ni deleita aquella voz, porque suponemos que no entiende lo que significa ; pero nosotros que la entendemos, nos deleitamos y aficionamos á ella, como el griego tambien se aficionaria si la oyera nombrar en su propio idioma : la cosa significada en dicho nombre no es griega ni latina ; pero griegos y latinos, y todos los hombres del mundo, de cualquiera nacion que sean, suspiran por ella y desean alcanzarla. Luego de todos los hombres es conocida, y á todos les es notoria ; de modo que si pudiera preguntarse á todos de una vez y con una misma voz, si querian ser bienaventurados ; sin detenerse á pensarlo, y sin dudar en ello, todos responderian que sí : esto no sucederia, si no estuviera en su memoria la cosa que corresponde por significado á este nombre *bienaventuranza*.

NOTA.

¹ Es muy verdadera esta sentencia, y muy frecuente en san Agustin, que dice muchas veces que Dios es la vida de nuestra alma, como nuestra alma

es la vida de nuestro cuerpo; y así como faltando el alma al cuerpo, muere este, así faltando Dios al alma, se muere esta. Véase el sermón XIII de san Agustín, *De Martyribus*.

CAPÍTULO XXI.

Del modo con que la bienaventuranza está en nuestra memoria.

30. ¿Por ventura está en nuestra memoria la bienaventuranza, así como lo está la ciudad de Cartago en la del que alguna vez la ha visto? No por cierto; porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, pues no es cuerpo. ¿Acaso la tenemos en nuestra memoria como tenemos los números? Tampoco es de este modo; porque el que tiene conocimiento de los números, no desea ya ni solicita alcanzarlos.

¿Acaso nos acordamos de la bienaventuranza, como nos sucede con la elocuencia? Tampoco; pues aunque al oír ese nombre, es cierto que se acuerdan de la elocuencia aun aquellos que no son elocuentes, y muchos que desean serlo (de donde se infiere claramente, que tenían noticia y conoci-

miento de lo que es elocuencia); pero les ha venido esa noticia por los sentidos corporales, viendo ú oyendo á otros que eran elocuentes, de lo que provino el aficionarse á la elocuencia, y darse á conseguirla (aunque es verdad, que si no tuvieran interiormente noticia, no tendrían ese gusto y afición, y fallándoles la afición y el gusto á la elocuencia, tampoco tendrían deseo de alcanzarla); pero la vida bienaventurada no la hemos experimentado en hombre alguno por informe de los sentidos.

¿Será por ventura del modo con que nos acordamos de la alegría? Puede que sea así; porque así como estando triste, puedo acordarme y me acuerdo de mi alegría pasada, así aunque esté en la mayor infelicidad y miseria, puedo acordarme de la vida feliz y bienaventurada. Además de esto se parecen también en que tampoco ninguno de mis sentidos corporales percibe jamás mi gozo ó alegría, pues ni la ví, ni la oí, ni la olí, ni la gusté, ni la palpé; solamente la sentí ó experimenté en mi alma cuando tuve aquella alegría: su especie y noticia quedó impresa en mi memoria, para poder acordarme de